

# "CÉSAR", UN PERIÓDICO UNIVERSITARIO DE HACE SEIS DÉCADAS (1947)

ANTONIO CRESPO

Se van a cumplir sesenta años de la aparición en Murcia de una publicación universitaria que tuvo cierta significación en su momento: se llamó *César* y se tituló "Hoja volante del SEU". Sacó a la luz once números y subsistió desde marzo de 1947 hasta enero-febrero de 1949. Con un criterio amplio puede calificarse de "periódico", ya que su intención era la de mantener periodicidad en sus salidas, aunque diversas circunstancias condicionaron sus apariciones: el carácter nada profesional de sus redactores —estudiantes casi todos de la Universidad—, la disponibilidad o no de la imprenta de la Casa "José Antonio", la escasez de originales a veces... Si observamos las fechas de publicación, percibiremos la irregularidad de sus primeras entregas: febrero del 47, octubre del 47, octubre (de nuevo) del 47; enero, febrero, marzo, abril, mayo, octubre y noviembre-diciembre del 48; enero-febrero del 49... El subtítulo de "hoja volante" tampoco era muy exacto ya que editaba 8 páginas —12 en una ocasión y sólo 4 en otra—, siempre en papel prensa de tamaño 44 x 32 cms., con bicolor los tres últimos números, si bien en ningún caso empleó la habitual fórmula de "número 1", "número 2", "número 3"... Un pequeño recuadro expresaba sus propósitos y deseos: "*César* es un periódico universitario para universitarios. Esto tan sencillo quiere decir que lo deben hacer los universitarios y aquí estamos esperando originales, artículos, dibujos y toda la colaboración de los que a diario acuden a la Universidad. / Y también que lo deben defender y propagar" (octubre 47).

Antes de entrar en un análisis de su contenido, conviene precisar sus vinculaciones jerárquicas así como sus planteamientos ideológicos. El SEU era una sección del Frente de Juventudes, rama joven de Falange Española. Sus siglas significaban Sindicato Español Universitario, pero con un concepto de lo sindical muy diferente de lo que se ha entendido por tal, posteriormente. Inscribirse en el SEU y pagar una pequeña cuota (48 pesetas por curso) constituía una obligación previa a la matrícula



universitaria: no significaba, por tanto, adscripción alguna de carácter político. Después, los universitarios, en el día a día de sus estudios, optaban más o menos por una de estas tres posturas: permanecer ajenos al SEU por rechazo o desinterés ideológico (había algunos estudiantes monárquicos y muchos indiferentes), colaborar activamente en seminarios, grupos de trabajo y otras actividades falangistas, o bien participar simplemente en las tareas *culturales* que el SEU fomentaba. En este último aspecto fueron muy importantes la organización de conferencias, proyecciones de cine, recitales, coloquios sobre arte, exposiciones y, de un modo sobresaliente, la labor del TEU (Teatro Español Universitario), que alcanzó fama nacional de la mano de Alberto González Vergel.

*César* estaba en una línea intermedia entre estas dos últimas opciones: de un lado, mostraba una decidida postura falangista –gracias a la cual disponía de permiso de publicación e imprenta gratuita<sup>1</sup>, y de otro, abría una generosa puerta a jóvenes escritores que encontraban sitio para desarrollar su vocación literaria sin implicación ideológica alguna. Los temas de colaboración se diversificaban con amplitud desde el cine al deporte, pasando por la actualidad, la vida social, la moda, el teatro o el comentario de libros y autores. Un lugar muy importante de estas colaboraciones lo constituía la postura crítica hacia el funcionamiento de la Universidad, inserta todavía en una evidente pobreza de medios y en una estructura rígida y anticuada.

El periódico tenía su sede en el llamado “Hogar Ruiz de Alda”, calle Riquelme, 22, comedor económico para muchos universitarios a finales de los años 40<sup>2</sup> y se distribuía gratuitamente, a mano, en el claustro de La Merced. El principal promotor de su publicación fue Salvador Jiménez, que había terminado la carrera de Letras en 1945 o 46. También estaban muy implicados en la tarea Jaime Campmany, Juan García Abellán y el alicantino Carlos Talamás Lope, que contaron con la colaboración inmediata de José Luis Alemán Moreno, Francisco Guil Blanes y Francisco Alemán Sainz. Este último asumió la dirección del periódico desde comienzos de 1948, más o menos, sin que ello supusiera abandono de los antes citados.

Han desaparecido, sin dejar rastro que sepamos, el primer número de *César* y otro que saldría probablemente en mayo de 1948. Sobre el primero disponemos de una breve reseña que le dedicó el diario *Línea*, en la cual se leía: “Con el título de *César*, el SEU de Murcia ha iniciado la publicación de una hoja volante en la que figuran interesantes trabajos de temas muy diversos, entre ellos varias secciones amenas. / En la primera página inserta un grabado de Santo Tomás de Aquino, en cuya parte superior, y con grandes caracteres, figura una consigna de los universitarios. / También publica en recuadro el programa de los actos que hoy se celebrarán con motivo de la festividad del patrono de los estudiantes, así como consignas de José Antonio y Ramiro Ledesma. / Al acusar recibo al primer número de *César*, le

<sup>1</sup> Los talleres de capacitación infantil de la antigua Casa de Misericordia, regentados por José Belmar Carrillo.

<sup>2</sup> No confundir con el Colegio Mayor del mismo nombre, instalado junto al viejo campo de fútbol de Zarandona, en el barrio del Carmen.



deseamos muchos éxitos en la misión que se propone desarrollar”<sup>3</sup>. Del número de mayo no han sobrevivido ejemplares, según creemos. La hipótesis de su existencia se basa en alguna referencia posterior.

Bajo el enunciado de “La lección de *César*”, publicó siete editoriales a partir de su segundo número. En este se aludía a la muy larga pausa desde su salida anterior –“seis meses”, en realidad siete– y se destacaba el hecho reciente de la Ley de Sucesión, “por la cual la Patria, institucionalmente, es ya un reino católico y tradicional”, a la par que reafirmaba su incondicional lealtad a Franco, un “hombre singular donde tantos y tan gloriosos aciertos convergen”<sup>4</sup>.

En el editorial siguiente invitaba el periódico a una meditación política sobre los textos fundacionales de José Antonio Primo de Rivera. En el tercero se lamentaba de que la revolución nacionalsindicalista continuara pendiente, “porque su tarea sigue sin realizarse (...), si bien España cuenta ahora con lo mejor de su juventud unida y a punto”. En el cuarto trataba el tema de la ausencia, de la falta de compromiso de quienes, cuando era necesaria su presencia, no acudían porque “hurtan la cara al destino de su tiempo”. En el quinto se dirigía a quienes se quejaban de que *César* no fuese más duro, recordándoles un artículo de José Antonio en el que este, ante una objeción semejante, se negaba a “recostarse en el mal gusto, encharcarse en tertulias de café y afilar desvergüenzas”. En la edición de octubre del 48 se dolía el editorialista de que siguiera inédita en su mayor parte “la capacidad revolucionaria de la Falange; y que los arribistas de ocasión (...) sigan escamoteándola con éxito tremendo”. Finalmente, en la última “lección” pedía “la decisión firme de intervenir activamente en una política universitaria volcada hacia el exterior”, a fin de “conquistar la vida entera de España y marcarla con nuestro signo”.

Sin utilizar el enunciado de “La lección de *César*”, publicó también en primera página artículos sin firma, que eran auténticos editoriales, ya que expresaban la línea ideológica del periódico. Se titulaban “Ni el capitalismo ni el comunismo pueden dar al mundo la solución justa” (enero 48); “Argentina y España: encuentro por alegrías” (abril 48); “Militantes y carnetistas” (noviembre-diciembre 48)... Y además, llamativos recuadros con reflexiones como éstas: “Nada de *a curso nuevo, vida nueva*. Nosotros políticamente no cambiamos. Hoy, como ayer, no cambiamos de chaqueta. O mejor, no cambiamos el color de nuestra camisa” (octubre 47). Otras veces eran frases textuales de los mencionados José Antonio y Ramiro Ledesma, así como de Matías Montero o el clásico Marcial. En una ocasión publicó la letra del

<sup>3</sup> Diario *Línea*, 7 marzo 1947.

<sup>4</sup> Esta fue una de las escasísimas veces en que se elogió explícitamente al jefe del Estado. Y es que los mentores del periódico se consideraban mucho más *falangistas* que *franquistas*, por creer que la revolución nacionalsindicalista no estaba hecha ni en vías de realizarse. Dentro de su falangismo eran claramente *joseantonianos*, es decir, fieles al pensamiento fundacional del partido, a sus bases primigenias. La devoción a Primo de Rivera se manifestaba con firmeza en el propio título de la publicación, ya que “*César*” y “José Antonio” significaban lo mismo. Para mayor rotundidad, en el número de noviembre-diciembre del 48 se leía “Nuestro *César*” sobre una *efigie a gran tamaño del fundador de Falange*.



himno "Cara al sol", como una afirmación de falangismo, y en otra reprodujo el poema "Si...", de Rudyard Kipling, cuyos versos eran estimulantes para una juventud con inquietudes.

Imbuidos del espíritu *imperialista* de la época, los mentores de *César* exaltaban a los personajes históricos más representativos de lo español. Así, las dos páginas centrales del número de abril 48 glosaban, con ocasión de su tercer centenario, la figura de Saavedra Fajardo. En el número siguiente volvía a ser ensalzado éste, junto a Balmes, Francisco Suárez, Tirso de Molina y Cervantes, con las firmas de Carlos Talamás, Muñoz Alonso, Salvador Jiménez y Manuel Albendea, respectivamente, al hilo también de sus centenarios. El hecho se repitió, con mayor carga política, en la aparición siguiente del periódico, con glosas al Cid Campeador, el Gran Capitán, don Juan de Austria y José Antonio, escritas por Jaime Campmany, Salvador Villanueva, García Abellán y Salvador Jiménez. Todos estos escritores eran, en mayor o menor medida, los ideólogos de *César*, y junto a ellos hay que mencionar a Salvador Montesinos y José Luis Alemán, miembros del Seminario Provincial de Formación Política, y a Manuel Sánchez-Solís y Angel Hernández Valencia.

Examinada la breve historia de *César* en su conjunto, hay que destacar la meritoria labor literaria desarrollada por Carlos Talamás, Alemán Sainz y Salvador Jiménez –pese a sus implicaciones políticas–, así como el encomiable magisterio del profesor Muñoz Alonso. De Carlos Talamás recordaremos sus artículos "El espíritu de milicia de don Quijote" (octubre 47), "El eterno tema de la Universidad" (enero 48), "Sobre la trascendencia de lo histórico" (id.), "Vocación existencialista de Europa" (febrero 48), "Espíritu de clase" (octubre 48), "La flecha disparada" (id.), "Pedagogía al vuelo" (noviembre-diciembre 48) y "Hechos y palabras" (enero-febrero 49), aparte del cuento "Zenón y el círculo" (enero 48), "El empollón" (id.) y otras colaboraciones menores, sin contar sus posibles artículos sin firma. Alemán Sainz fue autor de "Once años de su muerte" (enero 48), "¡Que voy de vuelo!" (febrero 48), "De *El hombre enmascarado* a *El guerrero del antifaz*" (id.), "Clásicos de la Medicina" (id.), "Santo Tomás" (marzo 48), "Marseille" (id.), "Carta a don Leopoldo Eulogio Palacios" (abril 48), "Anamnesis de la novela" (id.) y "Saavedra pero no todo" (id.). Salvador Jiménez dejó su huella en "La luna y octubre" (octubre 47), "El hombre, los hombres, la fe" (octubre 47, 2), "Metafísica y aventura" (octubre 48), "Muerte y resurrección de José Antonio" (noviembre-diciembre 48), "El sepulcro de José Antonio" (id.) y el poema "Duelo por Cornelio Zelea Codreanu" (id.). En cuanto a Muñoz Alonso, publicó "Otra vez Maritain" (febrero 48), "Santo Tomás" (marzo 48), "Marginales a Dostoiewsky" (abril 48) y "¿Filósofo?" (octubre 48).

Existía una clara voluntad crítica en *César*, propia de una publicación juvenil. Pero la crítica encontraba muchas cortapisas, como sucedía en toda la prensa española. Estaba totalmente prohibida en lo referente a la política nacional, a las directrices del Gobierno. Solo al amparo de una firma nacional inserta en el entramado del régimen –la de Jorge Jordana– se pudo publicar en primera página el artículo titulado "Revolucionar con decretos, dejando subsistentes las leyes fundamentales



es una triste cosa” (octubre 48). Se permitía la crítica, si era moderada, en los aspectos locales, en las cuestiones municipales. También se toleraban las críticas al funcionamiento de la Universidad, disimuladas siempre con toques de humor o con sugerencias constructivas.

Llegados a este punto, conviene precisar que la Universidad de Murcia era pobre en instalaciones y se hallaba estancada en cuanto a iniciativas culturales, intercambios, becas, etc. Pero disponía de un profesorado de indudable calidad, con figuras como Ángel Valbuena y González Álvarez, en Filosofía y Letras; Isidoro Martín, Ferrer Sama y Martínez Bernal, en Derecho, y José Loustau y Francisco Sierra, en Ciencias Químicas. Por otro lado, de aquella generación de estudiantes surgieron nombres de prestigio, como Gonzalo Sobejano, Lasso de la Vega, Eusebio Aranda y Juan Barceló, en Letras; Miguel Espinosa e Isidoro Valverde, en Derecho, y Ángel Ortuño, Conchita Sánchez Pedreño y Ginés Guzmán, en Ciencias, que destacaron muy pronto en la investigación, la docencia o la literatura.

En este sentido crítico al que hemos aludido destaca el artículo anónimo que ocupaba la primera página en octubre 47 con el llamativo título de “Ni profesores enchisterados ni escolares sopistas. / España necesita maestros con vocación de maestros y estudiantes con dignidad de estudiantes”. Las críticas solían tener destinatarios poco concretos, para poder superar el filtro de la censura<sup>5</sup>. Campmany, por ejemplo, se lamentaba de que proliferasen “doctores para todas las enfermedades; curanderos para todos los remedios; jueces para cualquier pleito; boticarios para toda clase de elixires, filtros y mejunjes...” (octubre 47). Solo en algunos casos, aisladamente, los dardos críticos eran personales, como un duro comentario, disimulado con el humor, sobre Antonio Aguilera, director artístico de Radio Murcia (abril 48).

En general, abundaban los breves artículos de protesta, reivindicación o burla, firmados casi siempre con seudónimos; algunos de ellos identificables por la memoria, como “Paquito Grillo” o “Guillado” (Francisco Guil), y otros no (“Perico”, “Tristán”, “Estanislao”, “Ulises”...); también encontramos firmas con escuetos nombres de pila: José Luis (Alemán), Carlitos (Talamás)... Constituían la expresión más típica del inconformismo juvenil. En este terreno del artículo breve, incisivo, aparecieron, además de las mencionadas, las firmas de F. Delgado (Manuel), Aguarón (Gonzalo), Aguilar, Carlos Viudes, Serra (Rafael), Campillo (Joaquín), Hernández Valencia (Ángel), José M<sup>a</sup> Bueno...

En el campo estrictamente literario, sin implicaciones políticas, hallamos trabajos de autores prestigiosos. Los más relevantes, “Preciosa”, de Luis González Simón, los ya citados de Adolfo Muñoz Alonso sobre Maritain, Santo Tomás y Dostoiewsky, y “Antero de Quental”, de Dictinio de Castillo-Elejabeytia... También, artículos del jesuita Daniel Ruiz (en torno a Santo Tomás) y de Antonio

<sup>5</sup> La censura local estaba en manos de la Subsecretaría de Educación Popular, a cuyo frente se encontraba Manuel Fernández-Delgado Maroto, un hombre abierto, tolerante, que incluso colaboró en alguna ocasión en *César* y que era buen amigo de los principales componentes del periódico.



Crespo (“Las armas y las letras”), cuentos de Leoncio Gutiérrez (“El hombre de la hora después”), del tantas veces mencionado Talamás (“Zenón y el círculo”), de Alberto Crespo, desde Roma, (“Reunión en casa de madame Reclús”) y poesías de Salvador Jiménez y Gonzalo Sobejano.

*César* creó un “premio universitario de periodismo”, mensual, dotado con 250 pesetas, para el mejor artículo inédito sobre un tema previamente establecido. A este propósito, el periódico publicó un suelto sin firma, pero con el estilo inconfundible de Alemán Sainz, que decía: “*César* piensa que el periodismo gana categoría si mantiene un rigor que el universitario puede dárselo mejor que nadie, siempre que el universitario tenga talento. Nuestros premios universitarios de periodismo responden a una necesidad, a la necesidad de que el periodista sin carnet que mantenga su vocación en la Universidad sea algo aparte en el clan periodístico local cuya incapacidad para una empresa seria la hemos visto claramente en la vida diaria. Porque un periodista sin carnet puede ser mejor que un periodista con carnet, siempre que no se demuestre lo contrario” (abril 48)<sup>6</sup>. Los temas propuestos por *César* fueron: “Las revoluciones europeas de 1848”, “Fiesta del libro en abril”, “El 2 de mayo de don Diego Saavedra Fajardo”, “Concepto falangista de la muerte” y “Movimientos políticos de Hispanoamérica”. Fueron galardonados, respectivamente, Juan García Abellán (“Rapto de Europa”), Salvador Montesinos (“Abril... Libros...”), Carlos Talamás y Jaime Campmany, *ex aequo* (“Concepto falangista de la muerte”), y de nuevo García Abellán (“América, al Sur, ¿con quién limita?”).

Las secciones habituales de *César* se llamaron “El tonto de la familia”, “La importancia de ser formal”, “Los meses del año son doce”, “Eso de la literatura”, “A fondo”, “Desde la fila cero”, “La política en mangas de camisa”, “Pasillo”, “No más rey que mi revolución”, “Los puntos cardinales son cuatro”, “¡Arriba las Españas!”, títulos que reflejan, en algunos casos, el talante humorístico, informal, y un tanto irresponsable a veces, de su contenido. Baldomero Ferrer (Baldo), que comenzaba a darse a conocer como ágil dibujante, trazó las letras y viñetas de las “cabeceras”; además, creó varios graciosos chistes gráficos.

No faltaron los espacios reservados al cine y al deporte. Respecto al arte de la pantalla, firmaron artículos Arias (*César*), Crespo (Antonio), Guil (Francisco), Antonio Aguirre, Vergel (Alberto González) y B. F. G. (Baldomero Ferrer). Los deportes los coordinaba acertadamente el cartagenero José Monerri, bajo el semi-seudónimo de “Monri”. Y aisladamente apareció algún original sobre teatro (Salvador Salazar) o toros (Martínez Moscardó).

El número de *César* correspondiente a enero-febrero de 1949 resultó el más llamativo de todos. Y constituyó su *canto del cisne*. Dedicó su primera página y la mitad de la última a un lamentable suceso: el procesamiento de un universitario por haber golpeado a un individuo que repartía propaganda en la que, al parecer, se

<sup>6</sup> Alemán acertaba al señalar la conveniencia de una formación universitaria para el periodista, pero se equivocaba en dos cosas: llamar “clan periodístico local” a una Asociación de la Prensa legalmente instituida y abierta a cualquier colaborador, y acusarla de “incapaz para una empresa seria”.



injuriaba al régimen y al jefe del Estado. En el relato –anónimo– de los hechos se defendía ardorosamente al estudiante falangista, cosa lógica, y se criticaba la actuación policial. Pero la “bomba” periodística se reservó para las páginas centrales, consagradas a las inundaciones del Segura. Murcia estaba padeciendo continuas riadas –jocho, en cinco años y medio!– y las autoridades, entre informes y proyectos, no solucionaban el problema. La acusación de pasividad y descuido ante una catástrofe económica tan repetida irritó a los responsables, que pudieron leer, con todo detalle, la historia de su incompetencia. Para colmo, la información venía orlada con palabras impresas en gran tamaño que decían: “Filfas”, “Paparruchas”, “Macanas”, “Paños calientes”, “Papelotes”, “Garambainas”, “Jácaras”, “Pitos y flautas”, “Flautas y pitos”... Para completar el panorama, *César* insertó en su última página dos carteles de fiestas murcianas: el oficial, con una huertana y un niño nazareno, y el “oficioso”, dibujado por Baldo, con una torre de la Catedral medio sumergida en las aguas y unos nazarenos remando en una barca. La leyenda era muy ingeniosa: “Murcia. Semana Santa y grandes inundaciones”.

Aquella audacia levantó ampollas a niveles oficiales. El responsable de la censura quedó destituido, y el periódico no volvió a ser editado. Terminaba así una curiosa aventura periodística, a nivel universitario, en la Murcia gris de finales de los años 40. Nos ha parecido oportuno evocarla antes de que se pierda en el olvido.

